

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

EL CENTENARIO DE BOLIVAR

SE ha celebrado con pompa oficial el centenario de la muerte de Bolívar. Pero ¿han participado todos en este homenaje? ¿Los ideales bolivarianos se han hecho carne en la vida americana? He aquí una cuestión difícil que sólo los historiadores podrán resolver. Las cosas con que más soñó Bolívar fueron las que menos se cumplieron. Hasta tal punto llegó en su desengaño que un día pudo decir: «En América no hay otra cosa que hacer sino emigrar.» No bien volvía la espalda para ir a combatir a los que tiranizaban los países, los criollos se hinchaban de ambiciones. Querían mandar sin tener aptitudes. Ser conductores de pueblos cuando sólo sabían conducir sus escuadrones de llaneros. Porque junto al guerrero, había en Bolívar un estadista, un pensador. Tenía por lo menos la visión de América. Había penetrado en el alma de esta tierra y quería, ante todo, imponer la libertad y la justicia para los hombres de su suelo. Gran dignidad; gran decoro: virtudes bolivarianas. Pero los criollos ambiciosos no podían entender su desprendimiento; no podían conciliar los términos de lo que para ellos era un dualismo irreductible: cómo ese general que se había batido al frente de ejércitos improvisados, de hombres semi desnudos y descalzos, victorioso casi siempre, rechazara después la corona que le ofrecían. Despertaba ya en ellos, junto con la libertad, la primera mezquindad del tiranuelo americano que salta de la llanura, de la meseta o de la selva, desde su negra ignorancia y su sombría crueldad, al sillón de mando. Para ellos gobernar es castigar. El látigo o la lanza substituye a los razonamientos y las doctrinas. Deshecho el enemigo español queda para ellos una tierra inmensa y rica en la que para mandar no hace falta sino audacia. Los llaneros que siguen ciegos la furia cruel de Boves y matan y destrozan sin piedad,

serán más tarde los mismos llaneros que siguen a Páez. Puesto que han combatido y aniquilado a los enemigos, han adquirido el derecho de mando sobre las regiones libertadas. Por lo mismo no entienden la doctrina de Bolívar y se vuelven ingratos con el que les infundió la conciencia de la libertad.

Quería Bolívar para los pueblos—ya que su sueño unitario había sido deshecho—que en cada uno se mantuvieran la libertad y la soberanía popular. Veamos una proclama, la dirigida en 1826 a los venezolanos y colombianos:

Os ofrezco, solemnemente, a los primeros, llamar al pueblo para que delibere con calma sobre su bienestar y su propia soberanía. Muy pronto, este año mismo, seréis consultados para que digáis cuándo, dónde, y en qué términos queréis celebrar la gran Convención nacional. *Allí el pueblo ejercerá libremente su omnipotencia, allí decretará sus leyes fundamentales. Tan sólo él conoce su bien y es dueño de su suerte; pero no un poderoso ni un partido ni una facción. Nadie sino la mayoría soberana. Es un tirano el que se pone en lugar del pueblo; y su potestad, usurpación.*

Más tarde agregaba: «Compadezcámonos mutuamente del pueblo que obedece y del hombre que manda solo». A cien años de distancia—con contadas excepciones—América no ha cumplido la voluntad del Libertador.

«*Hemos arado en el mar*», explicó más adelante en la hora negra del desencanto y de la ingratitud. Cada una de sus palabras envolvía una visión que el tiempo no ha desmentido. Las «patriecitas» no lograban abarcar la visión de Bolívar. Y su gran tragedia consistía en la desproporción entre la libertad que se había alcanzado para los pueblos y la ceguera obstinada de los caudillos para aprovecharla con dignidad. Carecían de sentido moral. Cuántas victorias de Bolívar estuvieron en trance inminente de malograrse; porque los personalismos ambiciosos querían a toda costa imponerse. ¡La historia eterna de América!...

Las campañas de Bolívar tienen, sin duda, el contorno de una epopeya. Surge de allí la grandeza del guerrero que improvisa ejércitos y los lleva, como un turbión frenético, por los llanos inmensos, los encumbra hasta los más altos picachos por entre tajos formidables y caminos traicioneros, bajo tempestades deshechas, y los arroja en seguida, por las vertientes opuestas, sobre el estupor de los enemigos sorprendidos. Los soldados descalzos combatían contra la naturaleza hostil de las selvas y de los llanos y contra los hombres. Estaban habituados a todas las perfidias. Pero se sentían arrastrados como por un viento tras de Bolívar. Dormían al raso, bajo las lluvias. Rugían como fieras bajo el sol implacable del trópico.

Con todo, esa epopeya es menos terrible para Bolívar que la lucha tenaz, insidiosa de la ambición de los caudillos y de los generales inescrupulosos. De nada le sirven las palabras que emplea, los pensamientos altos, las reflexiones que dicta el desengaño. El criollo es el pantano y faltan en él la dignidad, el sentido del deber, la fuerza moral suficiente para aceptar la justicia. En su tez bronceada, bajo el matorral de las cejas arde la llama de la perfidia. Seguirá al que enarbole con más desenvoltura y energía el látigo; al que represente mejor la voluntad de la tierra en la que hay asechanzas por todos lados, insidias y crueldades salvajes. Andando el tiempo, América no ofrecerá sino en contados casos el espectáculo de países que saben tener dignidad y decoro. Dominados por el caudillaje, por los tiranuelos sin Dios ni ley, habrán dejado a miles de leguas de distancia el eco de las palabras del libertador, en el Congreso de Angostura:

La continuación de la autoridad en un mismo individuo, frecuentemente ha sido el término de los gobiernos democráticos. Las repetidas elecciones son esenciales en los sistemas populares, porque nada es tan peligroso como dejar permanecer largo tiempo, en un mismo ciudadano, el poder. El pueblo se acostumbra a obedecer y él se acostumbra a mandarlo, de donde se originan la usurpación y la tiranía. Un justo celo es la garantía de la libertad republicana y nuestros ciudadanos deben temer, con sobrada justicia, que el mismo magistrado que los ha mandado mucho tiempo los mande perpetuamente.

A miles de leguas, ciertamente. Pero aún oyendo el eco fingían no oírlo. ¿Podían interesar los programas o las ideologías a quienes no tenían otro miraje que la satisfacción de los apetitos?

Cada uno de los hombres idealistas y generosos de América ha sido sacrificado a la ley del vientre. Por fin, recluso en la Quinta de San Pedro Alejandrino, Bolívar alcanzó a divisar el escenario de los países sudamericanos, convulsionado y desgarrado por las contiendas civiles, tal como lo vió en su presentimiento. Puede decirse que el Libertador fué acorralado por los mismos a quienes dió el supremo don de la libertad. Envejecido, agotado, enfermo, clavada la flecha de la ingratitud en el corazón, dejó pasarlas imágenes lentas y altas de sus sueños de visionario. ¿De qué habían servido todos los sacrificios? De vez en cuando, prorrumplía: «Hemos arado en el mar.» El viento agrio y cálido que soplabá del interior de América, le llevaba los lamentos y las cóleras, los aullidos y el rechinar de dientes de los que huían... América ha sido siempre un vasto campo de persecuciones. El indio primero, ante la crueldad y la avaricia del con-

quistador; después la raza que se recobra para arrojar a los colonizadores; luego, los caudillos que se erigen en mandones y aniquilan a sus adversarios políticos. La danza no tiene sino treguas escasas; pausas en las que el aliento se suspende, como la naturaleza que se inmoviliza al acercarse la tempestad.

Un día Bolívar, en los instantes últimos de su vida, le pregunta a su médico:

—¿Qué ha venido a buscar a este país, doctor?

—La libertad—responde el médico.

—¿La ha encontrado Ud?

—Sí, mi general.

—Pues, ha sido Ud. más feliz que yo. Vuelva a Francia, adonde le acompañaría con mucho gusto. Aquí hay demasiados canallas.

Son los toques finales de un hombre desencantado y sin esperanza que ve hasta en el postrer instante las figuras de los caudillejos que destrozan su obra y se apoderan de la libertad para prostituirla o encadenarla.

Ahora, a cien años de distancia, se ha celebrado con pompas oficiales la fecha de su muerte. Sólo con pompas oficiales y frías: Bolívar continúa siendo incomprendido... —D O M I N G O M E L F I.

LAS DOS HERMANAS DE TUNJA

AL pie del monumento que rememora la batalla, cerca del puente de Boyacá, esperaban las comisiones; grupos a pie, damitas, jóvenes, funcionarios, militares, particulares, estudiantes. Al detenerse el coche, gritos, vivas, saludos; ramos de flores y banderas. En las presentaciones suenan nombres que han sido próceres: Otaloras, Restrepos. En los uniformes, en las maneras cultas de los oficiales, hay una vaga reminiscencia bolivariana. Dirige una joven hermosa, gentil, la reina de los estudiantes tunjenos, la señorita Teresa. Cambian de manos las ofrendas florales y se hace rueda para iniciar los discursos. Vuelan imágenes atrevidas como las águilas de Boyacá; las frases gallardas rastrean el orgullo adormecido, un hondo sentimiento aviva el dolor de la decadencia con el recuerdo de pretéritas glorias. El viajero, que es recibido como huésped empieza a despertar de la modorra de los largos viajes, se desentume apenas del viento frío en el coche abierto. Quedaron atrás los páramos lluviosos y ahora se ha despejado el cielo; la cla-